

avergonzarse, en su corazón sin protestar o en sus hombros sin arrastrarla o tirarla. Oigamos sus palabras: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt 16, 24). No admite a nadie como soldado si no está dispuesto a tomarla como arma para defenderse, para atacar, derribar y aplastar a sus enemigos, y les dice: «Soldados míos, confiad en mí», soy vuestro capitán; por la cruz vencí a mis enemigos (Jn 16, 33) y con esta misma señal los venceréis también vosotros

(El lábaro. Palabras bordadas en el estandarte del ejército romano (lábaro) por orden de Constantino, que las habría visto escritas en el cielo rodeando una cruz de fuego).

174. Son tantos los tesoros de gracia, de vida y de alegría que ha encerrado en la cruz, que sólo da conocimiento de ellos a sus favoritos. Con frecuencia, como en otro tiempo a sus apóstoles, descubre a sus amigos todos sus secretos (Jn 15, 15); pero no los de la cruz, a menos de que lo hayan merecido por sus grandes trabajos y su gran fidelidad. ¡Oh cuán humilde, pequeño, mortificado, interior y desechado del mundo hay que ser para conocer el misterio de la cruz, el cual sigue siendo aún hoy día, y no sólo entre judíos, paganos, turcos y herejes, sino entre las personas que se dicen devotas y muy devotas, sigue siendo, digo, objeto de escándalo, señal de locura y motivo de desprecio y deserción, no en teoría, pues nunca como actualmente se ha escrito tanto de la hermosura y excelencia de la cruz, sino en la práctica, ya que tanto se teme, se lamenta, se evita todo aquello que puede hacer sufrir.

Contemplando un día la hermosura de la cruz, la Sabiduría encarnada, transportada de alegría, exclamó: «Yo te alabo, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto a los sabios y prudentes del siglo los tesoros y maravillas de mi cruz y las has revelado a los humildes y pequeñuelos» (Lc 10, 21).

175. Si el conocimiento del misterio de la cruz es gracia tan singular, ¿qué ha de ser su goce y su posesión real? Es un favor que la Sabiduría eterna concede exclusivamente a sus amigos más íntimos y como premio a sus constantes oraciones, deseos y súplicas. Por muy excelente que sea el don de la fe, mediante la cual agradecemos a Dios, nos acercamos a El y vencemos a nuestros enemigos, y sin la cual nos condenaríamos, mayor don es la cruz. Según San Juan Crisóstomo, San Pedro era más feliz en la cárcel que lo fue en el Tabor, en medio de la gloria; más glorioso era llevando las cadenas en sus pies que las llaves del paraíso en sus manos

(No logramos precisar este pasaje en San Crisóstomo).

San Pablo se gloriaba más de haber sido encadenado por su Salvador que de haberse visto elevado al tercer cielo (Ga 6, 14). El Señor favorecía más a los apóstoles y a los mártires haciéndoles partícipes de su cruz en las humillaciones, en la pobreza y en los más crueles tormentos, que otorgándoles el don de hacer milagros y de convertir al mundo entero, Todos aquellos a quienes fue comunicada la Sabiduría eterna se mostraron ansiosos de la cruz, la buscaron, la acariciaron, la abrazaron, y si tenían ocasión

de padecer algo, exclamaban desde el fondo de su corazón, como San Andrés: «¡Oh buena cruz, tanto tiempo deseada!».

176. La cruz es buena y preciosa por infinidad de razones:

- 1º. Porque nos asemeja a Jesucristo.
- 2º. Porque nos hace dignos hijos del Padre Eterno, dignos miembros de Jesucristo y dignos templos del Espíritu Santo. Dios Padre aflige a cuantos recibe por hijos; lo dice El mismo: Jesucristo no considera como suyos sino a los que llevan su cruz. El Espíritu Santo talla y pule todas las piedras vivas de la Jerusalén celeste, esto es, los predestinados.
- 3º. Porque ilumina el entendimiento y le comunica más sabiduría que todos los libros del universo: Quien no ha sido probado, sabe bien poco (Si 34, 10)
- 4º. Porque si se lleva dignamente es la causa, el alimento y la prueba del amor. Enciende el fuego del amor divino en los corazones, desprendiéndolos de las criaturas. Mantiene y aumenta este amor; y así como la leña es el cebo del fuego, así la cruz lo es del amor. Es el testimonio más cierto de que se ama a Dios. De esa prueba se sirvió El para mostrarnos su amor, y ésa es también la prueba que Dios exige de nosotros para demostrarle que le amamos.
- 5º. La cruz es buena porque es fuente abundante de toda suerte de dulzuras y consuelos y porque engendra en el alma la alegría, la paz y la gracia.
- 6º. Es buena, en fin, porque produce para quien la lleva un peso inmenso de gloria en el cielo: (2 Co 4, 17.

(El Santo escribió «immensum» en vez de aeternum).

177. Si fuese conocido el valor de la cruz, se encargarían novenas, como hacía San Pedro de Alcántara, para lograr ese delicado trocito del paraíso

(No conocemos este detalle, muy propio del penitentísimo San Pedro de Alcántara).

Se diría con Santa Teresa: «O padecer o morir»; o con Santa María Magdalena de Pazzis: «Padecer y no morir». Con San Juan de la Cruz no se pediría otra gracia que la de padecer por Cristo:

(Vida y obras de San Juan de la Cruz (BAC, Madrid 1950), p. 404 Y 432-433. «Señor, lo que quiero que me deis es trabajos que padecer por vos, y que sea yo menospreciado y tenido en poco»).

De las cosas de la tierra, la única que se aprecia en el cielo es la cruz, decía este santo, después de su muerte, a una sierva de Dios. Tengo cruces -decía Nuestro Señor a uno de sus servidores- de un valor tal, que es todo cuanto mi queridísima Madre, tan poderosa como es, puede alcanzar de mí en favor de sus fieles servidores.